

# Borges, el imberbe poeta ultraísta

**B**orges quiso disputar al tiempo una etapa de su vida. Disputarle que en este caso quiere decir ganarle, arrancarle dos o tres años. Conseguir extirpar de su historia personal un total de algo más de mil días. Y esconderlos de la memoria de los demás. Dejarlos caer en el sumidero del olvido. Estuvo a punto de lograrlo. Durante mucho tiempo nadie, o muy pocos, hicieron referencia a sus actividades literarias en la España de principios de los años veinte. Era sabido que había residido en Suiza. Que había pasado por Madrid. Pero el recuerdo se enturbiaba al tratarse de aspectos concretos: amistades, publicaciones, viajes.

Cuando se comenzó a investigar ese lejano pasado borgeano, él arguyó que se trataba de algo así como un pecado de juventud. Se estaba refiriendo a su militancia ultraísta, que había sido lo más destacado en esa etapa española de su vida, que va de 1919 a 1921. Pero lo que resultaba imposible de disimular era el rescate de sus poemas publicados en revistas —casi todas—, de tendencia ultraísta. Y menos el contenido de algunas de sus cartas dirigidas a amigos de entonces. El tiempo, tantas veces derrotado por Borges, no se dejó vencer en esta oportunidad.

Los Borges habían llegado a Ginebra cuando estallaba la Primera Guerra Mundial. Ahí residieron un lustro. Allí Jorge Luis estudió su bachillerato. Mejoró su inglés y francés, y aprendió el alemán. Tuvo oportunidad de leer a los expresionistas germanos, la mayoría refugiados en la pequeña Helvetia. Hallándose en Ginebra conoció el triunfo de la revolución bolchevique, que no le dejó indiferente. Poco tiempo después, ya en España —debió llegar a inicios de 1919—, escribió algunos poemas con ligeros acentos de inflamación simpatizante. Muchos de ellos desaparecieron por manos del propio autor. Leídos posteriormente, con la ecuanimidad que ya a los veinte años dominaba su conducta, le parecieron irrepresentables de su pensamiento. Algunos se salvaron porque ya habían sido publicados.

La comunicación entre ese juvenil Borges, totalmente desconocido para el mundo literario español, y los jóvenes hispanos amantes de las letras, no se produjo de inme-

diato. Los Borges, familia compuesta por don Guillermo, abogado; doña Leonor Acevedo, su esposa; Jorge Luis y su hermana Norah —excelente dibujante, de gran belleza a juzgar por los elogios de muchos de los que la conocieron—, vivieron en Madrid todo un año. Y en el invierno de 1920 se trasladaron a Sevilla. En esta ciudad Jorge Luis inició sus contactos con el ambiente literario. Tuvo como primer amigo al poeta Pedro Garfias. El mismo que meses más tarde, ya de vuelta la familia argentina a Madrid, hizo las presentaciones entre «Georgie» y la pléyade de poetas juveniles que estaban dando vida al ultraísmo.

En Sevilla Jorge Luis publicó su primer poema. Y don Guillermo, unos trabajos literarios muy bien orientados. Pero también en Sevilla nacerían las primeras amistades de estirpe literaria. No sólo Garfias. También Isaac Del Vando Villar, director de la revista *Grecia*, que publicó su extenso poema «Himno del mar». Adriano del Valle, poeta a la sazón muy conocido, y quien publicó algunas páginas de elogio a la belleza y sensibilidad de Norah. Y algunos otros hombres del mundo de las letras sevillano, con algunos de los cuales se reencontraría en Madrid. Pero en esta última ciudad no permanecerían más de un semestre. Entre marzo y abril de 1920 don Guillermo, como si no hallase comodidad en ningún sitio pero sintiera la imperiosa necesidad de encontrarla, se decidió por Mallorca. Jorge Luis contó años más tarde cómo se había producido la elección:

«Fuimos a Mallorca porque era barata, hermosa y difícilmente habría más turistas que nosotros. Vivimos casi un año en Palma y Valldemosa, una aldea en lo alto de las colinas»<sup>1</sup>.

Los Borges, viajeros sin rumbo por Europa, se alojaron en el hotel *Continental* de Palma, donde Norah pintó unos frescos que adornaron el salón principal. También pasaron algunas semanas en Valldemosa, alojados en una pensión de ese tranquilo lugar. Fue en una de esas breves estancias cuando se conocieron Jorge Luis y Jacobo Sureda, surgiendo una sólida amistad que duró muchos años. La copiosa correspondencia que sostuvieron entre 1920 y, posiblemente, 1928, demuestra la compenetración que llegó a haber entre ambos. Y la condición de abanderado del Ultra que desempeñó Borges en la isla. Aunque de vez en cuando manifestaba cierto desafecto a la corriente literaria que de Mallorca llevó a Buenos Aires.

La visión que se tiene de ese Borges que deambula por las calles palmesanas, que traba prontas amistades con jóvenes isleños, y que no escamotea ninguna de las características propias de esa edad es diametralmente opuesta a la que se conoce a partir de 1924, casi inmediatamente después de la aparición de su primer libro: *Fervor de Buenos Aires* (1923), a pesar de que escasamente han transcurrido cuatro años.

El Borges que llega a Mallorca ya ha establecido buenos contactos en Madrid. Nada menos que el inspirador del Ultra, Cansinos-Asséns, ha elogiado su imponente personalidad. Y la gran mayoría de los casi imberbes ultraístas son testigos de su alto nivel cultural, así como de su sensibilidad poética y de la bondad de sus traducciones. Concretamente, las del alemán al castellano, que sirvieron para acercar a toda esa

<sup>1</sup> «Autographical notes», en *The New Yorker*, 19-IX-1970. Texto citado en inglés por Borges. Traducido al castellano por José Emilio Pacheco, en *La Gaceta*, n.º 10, octubre 1971. Fondo de Cultura Económica. México.

juventud española la poesía expresionista que, lejos de mermar, se había potenciado durante la guerra.

Después de *Grecia*, revista sevillana que se trasladó a Madrid<sup>2</sup>, viene *Tableros*. En ambas colaboró Borges con poemas, crítica y traducciones, como ya hemos dicho, de expresionistas alemanes. Y cuando apareció *Ultra*<sup>3</sup> las colaboraciones fueron más continuas. Pero Borges, por hallarse en Mallorca, no intervino en ninguna de las fiestas ultraístas que se celebraron en Madrid, y que conmovieron a poetas y escritores mayores, a críticos y público en general. La mayoría se manifestó en contra. Se trataba de perturbadores del orden. De jóvenes irrespetuosos que intentaban burlarse y destrozarlo todo. Cuando Jorge Luis abandonó España, en marzo de 1921, el *Ultra* llegaba a su cumbre. Un año más tarde se iniciaría el rápido descenso. En febrero de 1922 apareció el último número de la revista *Ultra*. Las huellas quedaron muy nítidas, pero el alborotador movimiento se fue diluyendo con rapidez. Sus huestes se dispersaron. Ellos —los jóvenes ultraístas— no lo sabían en ese momento. Pero habían cumplido un valioso papel: desaletargar el panorama literario español. Su misión había sido solamente esa. Fue plausible la forma como la realizaron. Y de ninguna manera se puede considerar tal actuación como una tarea sin importancia. Se necesitaba ese detonante. Lo había manifestado Cansinos-Asséns en una entrevista<sup>4</sup>. Y sus palabras fueron inspiradoras de esa pequeña revolución literaria.

En Mallorca, Borges no se limitó a escribir. Frecuentó ambientes literarios. Sostuvo polémicas. Capitaneó un grupo de muchachos noctámbulos. No descuidó sus estudios. Y hasta hubo tiempo para el amor, aunque su enamoramiento no pareció ser desbordado. Posiblemente, porque el dique de contención —ahora como posteriormente—, fue su timidez. Un verso de su poema «Mallorca», lo expresa claramente: «...una niña rosa y dorada de la que estuve enamorado tal vez y a la que no se lo dije nunca»<sup>5</sup>. Un año más tarde, en Buenos Aires, el amor volvería a estremecerlo. Y esta vez sí habría palabras de su parte. Y el rastro de esa emoción quedaría reflejado en su primer libro, *Fervor de Buenos Aires*. Algunos de los poemas que componen el libro no contenían sólo fervorosa admiración por la capital argentina, sino fervor por esa chica de dieciséis años que con tanta pasión le describió por carta a su amigo mallorquín, Jacobo Sureda<sup>6</sup>, que en el segundo viaje a Europa, entre 1923 y 1924, fue buen colaborador para el olvido total de esa aventura.

Aunque en su continuo carteo con Sureda se trasluce alguna «desobediencia» a los postulados ultraístas, destaca por encima de esa actitud, no fácil de detectar en su comportamiento cotidiano, la actividad desplegada por Borges en favor del ultraísmo. El punto culminante de todo ese proceso fue el manifiesto que él y Jacobo Sureda redactaron, que se publicó en Palma, y que firmaron, aparte de los dos amigos, otros dos jóvenes mallorquines<sup>7</sup>.

La obra poética de Borges se remonta a 1917, cuando se halla en Ginebra. Allí perfecciona sus primeros versos. No se sabe con exactitud si culmina un poema o si se queda solamente en versos sueltos que, más tarde, le servirán para redondear sus

<sup>2</sup> Revista que nació en Sevilla en octubre de 1918, dirigida por Isaac Vando Villar, que acogió las tendencias vanguardistas, especialmente cuando cambió de sede, y se trasladó a Madrid, en 1920.

<sup>3</sup> Revista que surgió para potenciar el movimiento ultraísta. Se publicaba en Madrid, y no tenía director, sino un comité directivo. El primer número apareció en enero de 1921.

<sup>4</sup> La entrevista apareció en *El Parlamentario*, a finales de 1918 y estaba firmada por Xavier Bóveda.

<sup>5</sup> Poema publicado en *El Día*, de Palma de Mallorca, en noviembre de 1921.

<sup>6</sup> La carta está fechada en Buenos Aires el 29-V-1922. Y la noticia sentimental es rotunda: «Ya te conté quizá que estoy enamorado —así como suena— de una muy admirable niña de dieciséis años, sangre andaluza, ojazos negros y una grata y apacible serenidad, con mar de fondo de ternura».

<sup>7</sup> «Manifiesto del *Ultra*», que apareció en la revista *Baleares de Palma de Mallorca*, con fecha 15 de febrero de 1921. Firmaban, aparte de los inspiradores Jacobo Sureda y Jorge Luis Borges, otros dos integrantes del grupo de jóvenes: Juan Alomar y Fortunio Bonanova, este último cantante de ópera, actor humorista, después con sonado triunfo en Hollywood.

composiciones poéticas, que se publicarán en revistas españolas. Lo que sí está claro es que el propio Borges, desencantado de esa producción casi adolescente, eliminó una buena cantidad de poemas, así como varias narraciones que componían lo que habría sido su primer libro si el pudor, ante nuevas lecturas, no le hubiese conducido a la actitud violenta de la destrucción<sup>8</sup>.

Por lo general, cuando se habla del primer Borges, se cita *Fervor de Buenos Aires*, y todo lo que viene después hasta aproximadamente 1929, sin tener en cuenta la poesía anterior, que es en realidad la primera, aunque él haya tratado de ocultarla por considerarla un pecado de juventud. Más bien un doble pecado. Por un lado ser poesía acuñada en moldes ultraístas, lo que significa haber participado en aquel carnaval literario. Y por otro, demostración de una mínima presencia del impacto que, indudablemente, le causó la revolución rusa de 1917 y que no se manifestó en algún que otro poema de aquella producción, sino que afloraba también en las cartas a su amigo Sureda:

No sé si te hablé en mi última carta de un tal Macedonio y de un muchacho Dabove con los cuales proyecto urdir una novela fantástica en colaboración. El argumento ideado por mí y todavía muy esquemático y fragmentario trata de los medios empleados por los maximalistas para provocar una neurastenia general en todos los habitantes de Buenos Aires y abrir camino hacia el bolchevikismo<sup>9</sup>.

Tal vez el término más apropiado sería anarquismo, que es lo que se deduce del juego sobre el que estaría basada la novela en cuestión.

En la obra cuasi adolescente de Borges, la de antes de *Fervor de Buenos Aires*, nos encontramos con poemas que son puntos de partida para otros posteriores. Tal el caso de «Atardecer» y «Aldea», publicados en revistas españolas y utilizados para *Fervor...*, con agregados y supresiones, y sufriendo más cambios cuando se publica *Obra poética*<sup>10</sup>, que contiene toda su poesía, tras una minuciosa revisión del propio autor.

El poema «Atardecer», antes de su aparición en *Ultra*, se lo dio a conocer a Sureda, en carta enviada desde Buenos Aires el 22-VI-1921. Constaba de nueve versos. Y así apareció en la revista madrileña. Dos años más tarde, en *Fervor...* constaba de 21 versos y estaba dividido en dos partes. El título era «Atardeceres». Además, el poema inicial, con modificaciones, había pasado a formar la segunda parte en esta segunda versión.

Casi cuarenta años después, Borges selecciona y pule su poesía para el libro *Obra poética*. Se mantiene el título «Atardeceres», pero se vuelven a introducir cambios, algunos sustanciales. En la versión inicial, leemos:

La vihuela  
Dormida como un niño en tu regazo  
El silencio que vive en los espejos  
ha forzado su cárcel  
la oscuridad es la sangre  
de las cosas heridas

<sup>8</sup> Salmos Rojos habría sido el nombre de ese primer libro que preparó con dedicación, y que terminó destruyendo, convencido de no haber alcanzado el nivel buscado.

<sup>9</sup> Escrita en Buenos Aires, con fecha 22-VI-1921.

<sup>10</sup> Citamos la edición española de Alianza/Emecé. Madrid, 1972.

En el poniente pobre  
la tarde mutilada  
reza una avemaría de colores.

En la siguiente versión todo el poema anterior se convierte en la segunda parte, pero sufriendo algunos cambios, especialmente en el segundo verso que aparece muy modificado. «Dormida como un niño en tu regazo» se convierte en «ya no dice su amor en tu regazo». Los otros cambios son menores. Escribe «Avemaría» con mayúscula. Y si en la versión original el último verso tenía una ubicación más adelantada que los anteriores, en esta nueva son los dos últimos versos los situados en avanzada.

En la carta enviada a Sureda después de la publicación de «Atardecer» en «Ultra», le comenta:

«Respecto a tu elogio de mi poema *Atardecer* (que se publicó en «Ultra») creo sinceramente que de los tres últimos versos el único que encarna una intuición verdadera de la realidad es el que dice: "La tarde mutilada". Lo demás es profesionalismo lírico»<sup>11</sup>.

A pesar de esta esclarecedora autocrítica, el poema convertido en segunda estrofa de «Atardeceres» se mantuvo, aunque, como ya hemos apuntado, con algunas modificaciones. Todo el poema se publicó así en *Fervor*...

Toda la clara<sup>12</sup> multitud de un poniente  
alborota la calle  
la calle abierta como un ancho sueño  
hacia cualquier azar.  
La límpida arboleda  
que serena y bendice mi vagancia  
se olvida del paisaje  
y acalla el bullanguero resplandor de sus mantas  
La tarde maniatada  
Sólo clama su queja en el ocaso  
    La mano jironada de un mendigo  
    esfuerza la congoja de la tarde.  
La vihuela  
    ya no dice su amor en tu regazo  
El silencio que vive en los espejos  
ha forzado su cárcel  
La oscuridad es la sangre  
de las cosas heridas.  
En el poniente pobre  
    la tarde mutilada  
    rezó una Avemaría de colores.

La primera parte nos da una visión muy concreta, aunque sin huir de las metáforas ultraístas, de los paseos por aquel Buenos Aires que el poeta conoció y amó con tanta intensidad. «La calle abierta como un ancho sueño» contiene reminiscencias ultraístas que no resultan abundantes a lo largo de los casi sesenta poemas que componen el libro, y que la crítica —entre 1923 y 1924— no consideró como el trabajo de un joven aprisionado por los ismos, sino más bien el de un poeta debutante con clara tendencia a la poesía clásica<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> Escrita en Buenos Aires con fecha de junio o agosto de 1922.

<sup>12</sup> En la primera edición de *Fervor* de Buenos Aires, se lee charra. No sabemos si es un error del linotipista o realmente utilizó este término. Gloria Videla hace notar la sustitución en su «El sentido de las variantes textuales en dos ediciones de "Fervor de Buenos Aires" de Jorge Luis Borges», *Revista chilena de literatura*, n.º 23, 1984.

<sup>13</sup> Enrique Díez-Canedo apunta: «La poesía de Jorge Luis Borges, cuando hace pensar en modelos extranjeros, no trae a la memoria el postsimbolismo francés o el futurismo italiano, sino algo clásico, o algo más coherente y construido que el procedimiento —no diseñado tampoco— de la simple ilación de imágenes o el salto de una instintiva asociación de metáforas», en *España*, Madrid, n.º 413, 15-111-1924.